



LECTIO DIVINA

XXVII semana del tiempo ordinario

Del 08 al 17 de octubre de 2023



Agarrémonos fuerte a Jesús

Oración introductoria

Señor Jesús, gracias porque estás conmigo. Gracias por regalarme este tiempo juntos. Tú me conoces. Tú me amas como no lo puedo imaginar.

Me amas más que quien más me ama en esta tierra. Gracias, Jesús, por tanto, amor. María, madre mía, acompáñame en este rato de oración.

Petición

Jesús, haz que mi corazón dé frutos de amor, especialmente en mi propia familia

Lectura del libro de Isaías (Is. 5, 1-7)

Voy a cantar a mi amigo el canto de mi amado por su viña. Mi amigo tenía una viña en un fértil collado. La entrecavó, quito las piedras y plantó buenas cepas; construyó en medio una torre y cavó un lagar. Esperaba que diese uvas, pero dio agrazones. Ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá, por favor, sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué más podía hacer yo por mi viña que no lo hubiera hecho? ¿Por qué, cuando yo esperaba que diera uvas, dio agrazones? Pues os hago saber lo que haré con mi viña: quitar su valla y que sirva de leña, derruir su tapia y que sea pisoteada. La convertiré en un erial: no la podarán ni la escardarán, allí crecerán zarzas y cardos, prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella. La viña del Señor del universo es la casa de Israel y los hombres de Judá su

plantel preferido. Esperaba de ellos derecho, y ahí tenéis: sangre derramada; esperaba justicia, y ahí tenéis: lamentos.

Salmo (Sal 79, 9 y 12. 13-14. 15-16. 19-20)

La viña del Señor es la casa de Israel.

Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste. Extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río. R.

¿Por qué has derribado su cerca para que la saqueen los viandantes, la pisoteen los jabalíes y se la coman las alimañas? R.

Dios del universo, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó y al hijo del hombre que tú has fortalecido R.

No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre. Señor, Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (Flp. 4, 6-9)

Hermanos: Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en

cuenta. Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponedlo por obra. Y el Dios de la paz estará con vosotros.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 21, 33-43)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «Escuchad otra parábola: “Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos. Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, les mandó a su hijo, diciéndose: ‘Tendrán respeto a mi hijo’. Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: ‘Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia’. Y, agarrándolo, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?». Le contestaron: «Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a sus tiempos». Y Jesús les dice: «¿No habéis leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Releemos el evangelio

San Gregorio Nacianceno (330-390)

obispo y doctor de la Iglesia

Discurso para la santa Pascua, 45 (PG 36, 631-635. "Lectures chrétiennes pour notre temps", Abbaye d'Orval, 1971), trad. sc@evangelizo.org

"¡Esta es la obra del Señor,
admirable a nuestros ojos!" (Mt 21,42)

Dios creó al hombre. Creó su cuerpo de la materia que había producido y lo animó con su propio soplo. La Escritura lo denomina alma pensante e imagen de Dios. (...) Puso al hombre sobre la tierra para velar sobre la creación visible, ser iniciado al misterio espiritual, reinar sobre las cosas de la tierra y ser sumisos al Reino de lo Alto. (...) Pero el hombre fue negligente para obedecer y, entonces, a causa de su pecado, fue separado del árbol de Vida, del paraíso y de Dios. Su estado reclamaba el más poderoso socorro y le fue acordado. (...)

¿Qué es esta abundancia de bondad? ¿Cuál es este misterio que me concierne? Había recibido la imagen y no la guardé y Él recibió mi carne para salvar esta imagen y hacer inmortal la carne. Ofrece por segunda vez un intercambio más asombroso que el primero. Anteriormente había compartido lo más alto que tenía, ahora viene a tomar parte de lo más débil. Este último gesto es todavía más divino que el primero, para los que lo entienden, es todavía más sublime.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esta historia ilustra de manera alegórica los reproches que los profetas habían hecho sobre la historia de Israel. Es una historia que nos pertenece: se habla de la alianza que Dios quiso establecer con la

humanidad y a la que también nos llamó a participar. Pero esta historia de alianza, como cada historia de amor, conoce sus momentos positivos, pero está marcada también por traiciones y desprecios. Para hacer entender cómo Dios Padre responde a los desprecios opuestos a su amor y a su propuesta de alianza, el pasaje evangélico pone en boca del jefe de la viña una pregunta: “Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?”. Esta pregunta subraya que la desilusión de Dios por el comportamiento perverso de los hombres no es la última palabra. Está aquí la gran novedad del cristianismo: un Dios que, incluso desilusionado por nuestros errores y nuestros pecados, no pierde su palabra, no se detiene y sobre todo ino se venga!» (*Ángelus de S.S. Francisco, 8 de octubre de 2017*).

Meditación

¿Por qué los viñadores trataron tan mal a los criados del Señor? Tal vez sus corazones estaban centrados en sí mismos. No veían al otro como un regalo de Dios. No veían a Dios en su prójimo. Yo, ¿soy como esos viñadores? El corazón de cada uno tiende al egoísmo, a ponerse sobre Dios y sobre los demás.

Sólo Jesús, con su gracia, puede cambiar mi corazón. Sólo Él tiene el poder de despertar en mí la «revolución de la ternura». Sólo Él puede darme la humildad y el amor para servir gratuitamente a mis hermanos. Dios me llama hoy a ser más y mejor persona. ¿Cómo le quiero responder? Señor, nada puedo sin Ti, pero «todo lo puedo en Aquel que me fortalece» (*Flp 4,13*).

Oración final

¡Señor, cuántas veces el amor es pagado con la ingratitud más negra! No hay nada tan destructivo como sentirse traicionado, verse

burlado, saber que hemos sido engañado. Todavía más difícil es el constatar que tanto gestos de bondad, de generosidad, de apertura, de tolerancia, como tantas palabras dichas con sinceridad y hasta el empeño de ser solidarios y sinceros, no ha servido de nada.

Señor, tú que has conocido la ingratitud de los hombres; Tú que has sido paciente con quien te ofendía; Tú que has sido siempre misericordioso, manso, ayúdanos a combatir nuestra inflexible dureza hacia los otros. También nosotros te dirigimos la invocación del salmista: “No abandones la viña que tu diestra ha plantado”. Nuestra oración, después de este encuentro con tu Palabra, se convierta en súplica siempre más penetrante hasta llegar a tu corazón. “Levántanos Señor, muéstranos tu rostro y seremos salvos”. Señor, tenemos mucha necesidad de tu misericordia y mientras que en nuestro corazón esté el deseo y la búsqueda de tu rostro, el camino de la salvación está siempre abierto.

LUNES, 09 DE OCTUBRE DE 2023

«Una nueva oportunidad para un “sí”»

Oración introductoria

Al mirar el vuelo de las golondrinas, el surgir de las flores, la hermosa vista de la montaña, veo tu mano en cada uno de estos acontecimientos. ¿Quién soy yo? Nada y todo. Nada porque en realidad el hombre es una mota de polvo, pero todo porque soy tu hijo. Eso vale más que todo. Me siento entre tus manos como un niño se siente seguro en los brazos de su padre. Padre Dios, hoy quiero gozar como cuando me divertía de pequeño con mi padre. Quiero presumirte entre mis amigos; quiero decir con gran sencillez: «Mi Papá es el mejor del mundo»

Petición

Señor Jesús, dame la gracia de saber ser un buen prójimo de los demás.

Comienzo de la profecía de Jonás (Jon. 1, 1-2, 1. 11)

El Señor dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitai, en estos términos: «Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes». Jonás se puso en marcha para huir a Tarsis, lejos del Señor. Bajó a Jafa y encontró un barco que iba a Tarsis; pagó el pasaje y embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del Señor. Pero el Señor envió un viento recio y una fuerte tormenta en el mar, y el barco amenazaba con romperse. Los marineros se atemorizaron y se pusieron a rezar, cada uno a su dios. Después echaron al mar los objetos que había en el barco, para aliviar la carga. Jonás bajó al fondo de la nave y se quedó allí dormido. El capitán se le acercó y le dijo: «¿Qué haces durmiendo? Levántate y reza a tu dios; quizá se ocupe ese dios de nosotros y no muramos». Se dijeron unos a otros: «Echemos suertes para saber quién es el culpable de que nos haya caído esta desgracia». Echaron suertes y le tocó a Jonás. Entonces le dijeron: «Dinos quién tiene la culpa de esta desgracia que nos ha sobrevenido, de qué se trata, de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres». Jonás les respondió: «Soy hebreo; adoro al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme». Muchos de aquellos hombres se asustaron y le preguntaron: «¿Por qué has hecho eso?». Pues se enteraron por el propio Jonás de que iba huyendo del Señor. Después le dijeron: «¿Qué vamos hacer contigo para que se calme el mar?» Pues la tormenta arreciaba por momentos. Jonás les respondió: «Agarradme, echadme al mar y se calmará. Bien sé que soy el culpable de que os haya sobrevenido esta tormenta». Aquellos hombres intentaron remar hasta tierra firme, pero no lo

consiguieron, pues la tormenta arreciaba. Entonces rezaron así al Señor: «¡Señor!, no nos hagas desaparecer por culpa de este hombre; no nos imputes sangre inocente, pues tú, Señor, actúas como te gusta». Después agarraron a Jonás y lo echaron al mar. Y el mar se calmó. Tras ver lo ocurrido, aquellos hombres temieron profundamente al Señor, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron votos. El Señor envió un gran pez para que se tragase a Jonás, y allí estuvo Jonás, en el vientre del pez, durante tres días con sus tres noches. Y el Señor habló al pez, y vomitó a Jonás en tierra firme.

Salmo (Jon 2, 3. 4. 5. 8)

Tú. Señor, me sacaste vivo de la fosa.

Invoque al Señor en mi desgracia y me escucho; desde lo hondo del Abismo pedí auxilio, y escuchaste mi llamada. R.

Me arrojaste a las profundidades en alta mar, las corrientes me rodeaban, todas tus olas y oleajes se echaron sobre mí. R.

Me dije: «Expulsado de tu presencia, ¿cuándo volveré a contemplar tu santa morada?». R.

Cuando ya desfallecía mi ánimo, me acordé del Señor; y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo morada. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 10, 25-37)

En aquel tiempo, se levantó un maestro de la Ley y preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu

mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él contestó: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda, haz tú lo mismo»

Releemos el evangelio

Simeón el Nuevo Teólogo (c. 949-1022)

monje griego

Himnos, 46 (SC 196. Hymnes III, Cerf, 2003), trad. sc@evangelizo.org

Se acercó y vendó sus heridas (Lc 10,34)

Me alejé, Amigo del hombre, he vivido en el desierto, me escondí de ti, mi tierno Maestro, sumergido en la noche de las preocupaciones de la vida, en las que sufrí mordeduras y lesiones. Salgo con el alma marcada de heridas. Por eso grito en mi dolor y sufrimiento del corazón: ¡Ten piedad de mí, hazme misericordia, a mí, pecador!

Médico que amas las almas, que amas sólo la misericordia, y sanas libremente enfermos y heridos, isé el médico de mis contusiones, de mis heridas! Destila el aceite de tu gracia, Dios mío, extiéndela sobre mis heridas, cierra mis úlceras, cicatriza y vigoriza mis miembros débiles. Borra todas las cicatrices, Salvador, concédeme total y perfecta salud, como anteriormente. (...)

Me he abandonado, Maestro, por haber contado conmigo mismo. me dejé llevar por las preocupaciones de las cosas sensibles y he caído, infeliz, en las preocupaciones de cosas de la vida. Como el hierro cuando se ha enfriado, he devenido negro y a fuerza de estar en el suelo, me he oxidado.

¡Por eso grito hacia ti, Amigo del hombre! Te ruego ser purificado de nuevo, ser llevado a mi belleza primera, y gozar de tu luz. Ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Ante este contenido tan esencial de la fe, la Iglesia no puede permitirse actuar como lo hicieron el sacerdote y el levita con el hombre abandonado medio muerto en el camino. No se puede mirar para otro lado y dar la espalda para no ver muchas formas de pobreza que piden misericordia. Dar la espalda para no ver el hambre, la enfermedad, las personas explotadas..., es un pecado grave; es también un pecado moderno, un pecado actual. Nosotros cristianos no nos lo podemos permitir. No sería digno de la Iglesia ni de un cristiano «pasar de largo» y pretender tener la conciencia tranquila sólo porque se ha rezado o porque se ha ido el domingo a Misa». (*Homilía de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2016*).

Meditación

«Anda, haz tú lo mismo» El mensaje del cristiano es un mensaje de amor. Pero este amor no es mágico o platónico. No es un amor que se logra sin esfuerzo. Requiere un trabajo constante, sacrificado, desprendido. Es, en dos palabras, amor crucificado. Cuesta, pero lo que cuesta vale. La producción de una mínima cantidad de seda cuesta gran parte de la vida de una oruga y largos meses de cuidados delicados. Cristo me amó hasta el extremo dando hasta la última gota de su sangre.

No es posible imaginar una vida entregada a los demás que no cueste. Y Jesús, en este Evangelio le dice al fariseo, que conocía la teoría al dedillo: «¡Anda! ¡Haz!». De nada sirve saber qué es lo que tenemos que hacer si no lo hacemos. Cada día ha de ser un comenzar de nuevo. Sin duda tendremos altas y bajas. Habrá momentos en que nos dejaremos llevar por lo más cómodo o por el egoísmo. Pero siempre tendremos una nueva oportunidad para recoger, limpiar y vestir al que está necesitado.

Nuestros calendarios están llenos de actividades que apenas nos dejan un momento para respirar, para ver a los ojos de los demás, para preguntar e interesarnos por aquellos con los que pasamos gran parte del tiempo. Sin duda muchos de los que pasaron a un lado del samaritano no se giraron tan siquiera para ver a este pobre hombre. Era un elemento para el cual no había lugar ni en su agenda ni en su cuenta de gastos.

¿Yo tengo lugar para otro en mi vida? ¿Estoy dispuesto a decir «no» a mis cosas para decir «sí» a otros? No importa la respuesta pues toda la vida es una búsqueda y una lucha para alcanzar este amor perfecto. Sin duda que todos aquellos que pasaron a un lado del samaritano y dijeron «no» dijeron «sí» en otros momentos. Podremos

haber fallado muchas veces, pero siempre hay una nueva oportunidad.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

MARTES, 10 DE OCTUBRE DE 2023

«Contemplativos y evangelizadores»

Oración introductoria

Señor Jesús, me pongo en tu presencia para poder encontrarte en este momento de oración. Quiero ser irradiado por tu luz para llevarla a los demás, pues sé que solo contigo puedo transformar mi vida y dar testimonio como hijo del Padre.

Petición

Jesús, guía mi mente y mi corazón para saber escoger siempre la mejor parte, que es la oración.

Lectura de la profecía de Jonás (Jon. 3, 1-10)

El Señor dirigió la palabra por segunda vez a Jonás. Le dijo así: «Ponte en marcha y ve a la gran ciudad de Nínive, allí les anunciarás el mensaje que yo te comunicaré». Jonás se puso en marcha hacia

Nínive, siguiendo la orden del Señor. Nínive era una ciudad inmensa; hacían falta tres días para recorrerla. Jonás empezó a recorrer la ciudad el primer día, proclamando: «Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada» Los ninivitas creyeron en Dios; proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor. La noticia llegó a oídos del rey de Nínive, que se levantó del trono, se despojó del manto real, se cubrió con rudo sayal y se sentó sobre el polvo. Después ordenó proclamar en Nínive este anuncio de parte del rey y de sus ministros: «Que hombres y animales, ganado mayor y menor no coman nada; que no pasten ni beban agua. Que hombres y animales se cubran con rudo sayal e invoquen a Dios con ardor. Que cada cual se convierta de su mal camino y abandone la violencia. ¡Quién sabe si Dios cambiará y se compadecerá, se arrepentirá de su violenta ira y no nos destruirá!». Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó.

Salmo (Sal 129, 1-2. 3-4)

Si llevas cuentas de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?

Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. R.

Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto. R.

Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 10, 38-42)

En aquel tiempo, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana llamada María, que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios; hasta que, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano». Respondiendo, le dijo el Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; sólo una es necesaria. María, pues ha escogido la parte mejor, y no le será quitada».

Releemos el evangelio

Santo Tomás Moro (1478-1535)

hombre de estado inglés, mártir

Tratado para recibir el Cuerpo del Señor

«Marta lo recibe en su casa...;
María...escucha su palabra»

Habiendo recibido a Nuestro Señor en la Eucaristía, teniéndolo presente en nuestro cuerpo, no vayamos a dejarlo completamente solo, para ocuparnos de otra cosa, sin hacerle más caso...: que él sea nuestra única ocupación. Dirijámonos a él con una oración ferviente; entretengámonos con él con entusiastas meditaciones. Digamos con el profeta: «Escucharé las palabras que el Señor me dice en lo más íntimo de mi corazón» (Sal. 84,9). Ya que, si... le prestamos toda nuestra atención, no dejará de pronunciar en nuestro interior, bajo forma de inspiraciones, tal o cual palabra destinada a aportarnos un gran consuelo espiritual y de provecho para nuestra alma.

Seamos pues a la vez Marta y María. Con Marta, procuremos que toda nuestra actividad exterior sea en beneficio de Él, consiste

en hacerle buen recibimiento, a Él primero, y también por amor a Él, a todos los que le acompañan, es decir, a los pobres de los que Él mismo tiene a cada uno, no sólo por su discípulo, sino por sí mismo: «Lo que hacéis al más pequeño de mis hermanos, a mí mismo me lo hacéis» (Mt 25,40) ... Esforcémonos en retener a nuestro huésped. Digámosle con los dos discípulos de Emaús: «Quédate con nosotros, Señor» (Lc 24,29). Y entonces, estemos seguros, de que no se alejará de nosotros, a menos que nosotros mismos le alejemos por nuestra ingratitud.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Tal vez Marta era la mayor de las dos hermanas, no lo sabemos, pero ciertamente aquella mujer tenía el carisma de la hospitalidad. Efectivamente, mientras María escucha a Jesús, ella está totalmente ocupada con otros quehaceres. Por eso, Jesús le dice: «Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas». Con estas palabras, ciertamente no pretende condenar la actitud del servicio, sino más bien la ansiedad con la que a veces se vive. También nosotros compartimos las preocupaciones de santa Marta y, siguiendo su ejemplo, nos proponemos asegurarnos de que, en nuestras familias y en nuestras comunidades, vivamos el sentido de aceptación, de fraternidad, para que todos puedan sentirse “como en casa”, especialmente los pequeños y los pobres cuando llaman a la puerta». (*S.S. Francisco, Angelus del 21 de julio de 2019*).

Meditación

En este evangelio, el Señor Jesús nos demuestra la importancia de tener un encuentro con Él, de pasar tiempo delante de las cosas divinas, como son la Eucaristía, las Escrituras, los momentos de oración, retiros, etc.

Es en el silencio donde el Señor habla a nuestro corazón. Jesús sabía que ese era el mejor momento para encontrarse con el Padre, pues es como tantas veces se narra en los Evangelios de sus largos y muchos ratos de oración en los montes y el desierto. Pero, tal vez nos preguntemos cómo puede ser que yo viva esa relación y silencio en mi vida, pues al igual que Marta en el Evangelio tengo que hacer muchas cosas (trabajo, cuidar a los niños, compras, etc.). Pues bien, esto en nuestras vidas del día a día, se transforma en amar nuestro obrar y quehaceres, para así, llevar a todas las personas que nos encontramos el amor de Jesús.

Oración final

Tú me escutas, Yahvé, y me conoces;
sabes cuándo me siento y me levanto,
mi pensamiento percibes desde lejos;
de camino o acostado, tú lo adviertes,
familiares te son todas mis sendas. (Sal 139,1-3)

MIÉRCOLES, 11 DE OCTUBRE DE 2023
«Padre mío, Padre nuestro»

Oración introductoria

Buen día Señor. Reconozco que estas aquí. Admito que Tú eres el Todopoderoso, Rey del Universo. Acepto Tú redención en mi vida, en la vida de mi familia, en la humanidad.

Confío plenamente en Tú Amor. Ayúdame a entrar en tu presencia; sé que estás aquí y sé que me darás la gracia de poderte

escuchar mejor hoy. Quiero formar en mí la firme convicción de seguirte, amarte e identificarme más plenamente con Tú Hijo Jesucristo.

Petición

Padre nuestro, que estás en el cielo, te pedimos que ivenga tu Reino!

Lectura de la profecía de Jonás (Jon. 4, 1-11)

Jonás se disgustó y se indignó profundamente. Y rezó al Señor en estos términos: «¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir». Dios le contestó: «¿Por qué tienes ese disgusto tan grande?». Salió Jonás de la ciudad, y se instaló al oriente. Armó una choza y se quedó allí, a la sombra, hasta ver qué pasaba con la ciudad. Dios hizo que una planta de ricino surgiera por encima de Jonás, para darle sombra a su cabeza y librarlo de su disgusto. Jonás se alegró y se animó mucho con el ricino. Pero Dios hizo que, al día siguiente, al rayar el alba, un gusano, atacase al ricino, que se secó. Cuando salió el sol, hizo Dios que soprase un recio viento solano; el sol pegaba en la cabeza de Jonás, que desfallecía y se deseaba la muerte: «Más vale morir que vivir», decía. Dios dijo entonces a Jonás: «¿Por qué tienes ese disgusto tan grande por lo del ricino?». Él contestó: «Lo tengo con toda razón. Y es un disgusto de muerte». Dios repuso: «Tú te compadeces del ricino, que ni cuidaste ni ayudaste a crecer, que una noche surgió y en otra desapareció, ¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas, que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimos animales?».

Salmo (Sal 85, 3-4. 5-6. 9-10)

Tú, Señor, eres lento a la cólera y rico en piedad.

Piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día; alegra el alma de tu siervo, pues levanto mi alma hacia ti, Señor. R.

Porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. R.

Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre: «Grande eres tú, y haces maravillas; tú eres el único Dios». R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 1-4)

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos». Él les dijo: «Cuando oréis decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en la tentación”».

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Calcuta (1910-1997)

fundadora de las Hermanas Misioneras de la Caridad

Jesús, al que invocamos

«Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar»

Para llegar a ser santos necesitamos humildad y oración. Jesús nos enseña a orar; e igualmente nos enseña a ser mansos y humildes de corazón (Mt 11, 29). Nada de todo esto llegará a término si no sabemos qué es el silencio. La humildad y la oración serán tanto más profundas en la medida en que el oído, el espíritu y la lengua habrán vivido en silencio con Dios, porque es en el silencio del corazón que Dios habla.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús vio la ternura de Dios en José: “Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen” (Sal 103,13) ... La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad». (S.S. Francisco, Carta Patris Corde).

Meditación

Una de las tareas favoritas de todo padre es enseñar a sus hijos. Papá quiere enseñarnos a manejar, a cuidar nuestros gastos, a elegir la profesión adecuada, etc. A veces aceptamos forzosamente su ayuda, pues no nos queda de otra, papá es papá. Ahora, son los hijos los que le piden al Señor que les enseñe, y que les enseñe como

rezar, como encontrarse con el Dios Todopoderoso: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14, 8). La pregunta de los discípulos es la exigencia más legítima de todas: “Señor, todo maestro ha enseñado a sus discípulos a orar. Ahora, enséñanos Tú” ¿Qué habrán visto en Cristo los discípulos para que ellos le pidieran su “método” para dirigirse a Dios? ¡Con qué amor habrá extendido Jesús sus brazos al rezar los salmos, con qué gusto se habrá apartado del ruido cotidiano para tener un momento a solas con Su Padre, con qué vigor habrá regresado con sus apóstoles al terminar sus momentos de oración!

La oración es un momento de exclusividad con el Señor. Nada es más importante que el Señor. Cuando tomamos un tiempo para entrar en oración nuestro corazón debe cerrar sus ventanas, es decir, detenernos y poner todo lo que habita en nosotros a disposición del Señor: preocupaciones, deseos, oportunidades, proyectos...

Los apóstoles han visto la mirada de Cristo tras un momento de oración. Ellos saben que en Él habita algo particular. Jesús refleja en ellos una paz y un rostro de amor inefable. Y Jesús, les da la respuesta: “Tan sólo digan Padre nuestro”. Palabras que nos trasladan a la última cena: “¿No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí?” Jesús enseña a sus predilectos el cariño, la cercanía y el abandono con el que hay que dirigirse al Señor: *Abba*, papá.

El reconocimiento de la paternidad del Señor y las súplicas por nuestras necesidades básicas que encontramos en el Padre Nuestro nos tornan la mirada al cielo, y recíprocamente el cielo imprime en nosotros su mirada: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. Padre, por favor, muéstrame tu mirada, más aún enséñame a reconocer tu mirada de amor en mi vida, tu acción continua, y tu predilección como hijo amado tuyo.

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. (Sal 117,1-2)

JUEVES, 12 DE OCTUBRE DE 2023

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR (F)

«No en mis fuerzas»

Oración introductoria

Señor Jesús, reconozco que no sé cómo rezar, que la oración no es algo que yo pueda exigirte o controlar. La oración es un regalo que te pido me concedas para hablar como un hijo habla con su Padre bueno. Señor Jesús, dame la gracia de tener la oración que Tú quieres que yo tenga y de estar contento con eso, porque yo sé que Tú solo quieres lo que es mejor para mí. Espíritu Santo dame un espíritu de hijo para poder hacer esta oración con fruto para mi vida. Amén.

Petición

Señor, dame aquellas gracias que más necesito para mi santificación.

Lectura del primer libro de las Crónicas (1 Cron. 15, 3-4. 15-16; 16, 1-2)

En aquellos días, David congregó en Jerusalén a todo Israel, para subir el Arca del Señor al lugar que le había preparado. Reunió también a los hijos de Aarón y a los levitas. Luego los levitas levantaron el Arca de Dios tal como había mandado Moisés por orden del Señor: apoyando los varales sobre sus hombros. David mandó a los jefes de los levitas emplazar a los cantores de sus familias con instrumentos musicales - arpas, cítaras y platillos - para que los hiciesen resonar, alzando la voz con júbilo. Llevaron el Arca de Dios y la colocaron en el centro de la tienda que David le había preparado. Ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión de Dios. Cuando David acabó de ofrecerlos, bendijo al pueblo en nombre del Señor.

Salmo (Sal 26, 1. 3. 4. 5)

El Señor me ha coronado, sobre la columna me ha exaltado.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? R.

Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo. R.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo. R.

Él me protegerá en su tienda el día del peligro; me esconderá en lo escondido de su morada, me alzaré sobre la roca. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 27-28)

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a la gente, una mujer de entre el gentío levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Releemos el evangelio

Papa Francisco

*Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium / La alegría del Evangelio” § 288
(trad. © copyright Libreria Editrice Vaticana)*

“¡Feliz la que ha creído” (Lc 1, 45)

Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu, acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe, totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí» ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, llena de la presencia de Cristo, llevaste la alegría a Juan el Bautista, haciéndolo exultar en el seno de su madre (Lc 1,41). Tú, estremecida de gozo, cantaste las maravillas del Señor (Lc 1,46ss). Tú, que estuviste plantada ante la cruz con una fe inquebrantable (Jn 19-25) y recibiste el alegre consuelo de la resurrección, recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu para que naciera la Iglesia evangelizadora (Hch 1,14).

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación (Lc 2,19), madre del amor (Si 24, 24 Vulgata), esposa de las bodas eternas (Ap19, 7), intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, para que ella nunca se encierre ni se detenga en su pasión por instaurar el Reino.

Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El amor misericordioso es por eso, el único camino que hay que recorrer. Cuánta necesidad tenemos todos de ser un poco más misericordiosos, de no hablar mal de los demás, de no juzgar, de no “desplumar” a los demás con las críticas, con las envidias, con los celos. Debemos perdonar, ser misericordiosos, vivir nuestra vida en el amor. Este amor permite a los discípulos de Jesús no perder la identidad recibida por Él, y reconocerse como hijos del mismo Padre. En el amor que ellos practican en la vida se refleja así esa Misericordia que nunca tendrá fin (cf. 1 Cor 13,1-12). Pero no os olvidéis de esto: misericordia y don; perdón y don. Así el corazón se ensancha, se ensancha el amor. En cambio, el egoísmo, la rabia, empequeñecen el corazón, que se endurece como una piedra. ¿Qué preferís vosotros? ¿Un corazón de piedra o un corazón lleno de amor? Si preferís un corazón lleno de amor, ¡sed misericordiosos!»
(S.S. Francisco, Angelus, 21 de septiembre de 2016).

Meditación

Normalmente cuando nos encontramos con este pasaje del Evangelio la primera reflexión que nos viene a la mente es: felices los que escuchan y cumplen la Palabra de Dios. Es decir, sería una llamada de Jesús a cumplir lo que Dios nos pide en el Evangelio.

Sin embargo, creo que tenemos que enfatizar un aspecto diverso, que además vemos claramente en la Santísima Virgen María, a quien van dirigidas estas palabras. Escuchar la palabra de Dios y cumplirla está a nuestro alcance, pero no es sencillo. La palabra de Dios nos propone un ideal de santidad muy alto, ser como Jesucristo, es decir, hijos perfectos del Padre. Esto no es posible lograrlo con nuestro esfuerzo humano, somos seres limitados y heridos por el pecado. Pero para Dios no hay nada imposible. La Virgen María es una criatura hermosa, una hija perfecta de Dios porque Dios mismo la preservó del pecado original. Dicho de otro modo, la belleza que vemos en la Virgen no es obra de su esfuerzo personal, sino de su apertura y docilidad a la gracia de Dios.

El Evangelio de hoy nos invita a darnos cuenta de que nosotros únicamente con nuestras fuerzas no podemos ni oír ni cumplir la palabra de Dios en plenitud. Esto es un regalo de Dios que debemos pedirle con humildad, y debemos estar abiertos a recibirlo. Como diría San Ignacio, debemos esforzarnos y trabajar como si todo dependiera de nosotros (aunque sabemos que no) y pedir a Dios sabiendo que todo depende de Él, que todo es don y gracia con la que Dios nos pide simplemente colaborar.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

VIERNES, 13 DE OCTUBRE DE 2023

«La unidad es presencia del Espíritu Santo»

Oración introductoria

Me pongo en tu presencia, Señor, para que bendigas mi día. Bendice a mi familia, a todos mis seres queridos, a mis amigos. Bendice también a quienes de algún modo me han hecho sentir mal. Que no guarde rencores en mi corazón, sino que sea siempre libre para amar sin medida. Con el Espíritu Santo esto es posible. Me pongo en tus manos, Señor.

Petición

Jesús, quiero estar siempre contigo. Ayúdame a vivir en la unidad de la fe y de la oración, en comunión con tu voluntad.

Lectura de la profecía de Joel (Jl. 1, 13-15; 2, 1-2)

Vestíos de luto, haced duelo, sacerdotes, gritad, servidores del altar. Venid y pasad la noche en sacos, servidores de Dios, pues no hay en el templo de vuestro Dios ofrenda y libación. Proclamad un ayuno santo, convocad la asamblea, reunid a los jefes, a todos los habitantes del país en la casa de vuestro Dios y llamad a gritos al

Señor. ¡Ay del día! Se acerca el Día del Señor, llega como ruina arrolladora. Toca la trompeta en Sión, gritad en mi monte santo, se estremecen todos los habitantes del país, pues llega el Día del Señor. Sí, se acerca, día de oscuridad y negrura, día de niebla y oscuridad, como el alba sobre los montes, avanza un gentío innumerable, poderoso como nunca la hubo ni lo habrá tras él por generaciones.

Salmo (Sal 9, 2-3. 6 y 16. 8-9)

El Señor juzgará el orbe con justicia.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas; me alegro y exulto contigo, y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo. R.

Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío y borraste para siempre su apellido. Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron, su pie quedó prendido en la red que escondieron. R.

Dios está sentado por siempre en el trono que ha colocado para juzgar. Él juzgará el orbe con justicia y regirá las naciones con rectitud. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 15-26)

En aquel tiempo, habiendo expulsado Jesús a un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: «Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios». Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú. Pero, si yo echo los demonios

con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, da vueltas por lugares áridos, buscando un sitio para descansar, y, al no encontrarlo, dice: “Volveré a mi casa de donde salí”. Al volver se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio».

Releemos el evangelio

San Juan Casiano (c. 360-435)

fundador de la Abadía de Marsella

Conferencias, VIII-XVII, Sobre los principados 2-10 (SC 54, Conférences VIII-XVII, Cerf, 1958), trad. sc@evangelizo.org

¿De dónde vienen las potencias enemigas?

¿De dónde viene una variedad tan grande y la diversidad de potencias enemigas, levantadas contra el hombre, que enumera el bienaventurado Apóstol? “Nuestra lucha no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio” (Ef 6,12). ¿De dónde han surgido esos adversarios nuestros, celosos y de gran malicia? ¿Hay que creer que el Señor haya creado esas potencias, con gran diversidad de jerarquía y rango, con el designio preciso que ellas hicieran la guerra a los hombres? (...)

Dios nos guarde jamás de creer que él haya creado algo sustancialmente malo. Por eso, la Escritura nos aclara “Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno” (Gn 1,31). (...) Antes de fundar el mundo visible, Dios hizo las virtudes espirituales y celestes. Al saber que ellas habían sido creadas de la nada, para su gloria y bienaventuranza, por pura bondad del creador, ellas le darían perpetua acción de gracias e incesante alabanza. Esto, nadie lo duda entre los cristianos. (...)

Muchos que habían tenido los primeros rangos, cayeron: “Yo había pensado: “Ustedes son dioses, todos son hijos del Altísimo”. Pero morirán como cualquier hombre, caerán como cualquiera de los príncipes” (Sal 81 (82),6-7). (...) La celosía del demonio, lo llevó a engañar al hombre con sus artificios, para su caída. Veía que el hombre, que acababa de ser formado del limo de la tierra, era llamado a la gloria que había sido suya cuando él era uno de los príncipes, antes de su caída. Su primera falta fue de orgullo. Ella le valió el desprecio y el nombre de serpiente.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La unidad puede llegar solo como fruto de la oración. Los esfuerzos diplomáticos y los diálogos académicos no bastan. Jesús lo sabía y nos ha abierto el camino, rezando. Nuestra oración por la unidad es así una humilde pero confiada participación en la oración del Señor, quien prometió que toda oración hecha en su nombre será escuchada por el Padre (cf. Jn 15,7). En este punto podemos preguntarnos: “¿Yo rezo por la unidad?”. Es la voluntad de Jesús, pero, si revisamos las intenciones por las que rezamos, probablemente nos demos cuenta de que hemos rezado poco, quizá nunca, por la unidad de los cristianos. Sin embargo, de esta depende la fe en el mundo; el Señor pidió la unidad entre nosotros «para que el mundo crea» (Jn 17,21). El mundo no creerá porque lo

convenzamos con buenos argumentos, sino si testimoniamos el amor que nos une y nos hace cercanos a todos». (*S.S. Francisco, Audiencia general, 20 de enero de 2021*).

Meditación

Para que exista una causa común debe haber unidad entre las diferentes partes.

Es extraño que los fariseos acusen a Jesús de trabajar con el mal cuando está haciendo el bien. Jesús vive en perfecta unidad con el Padre y el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad, es el Maestro de esta unidad. La unidad es siempre un signo de la presencia del Espíritu Santo. Donde no hay unidad, el Espíritu Santo no está presente. Esta unidad es tan importante que, en la Última Cena donde Jesús revela los pensamientos más profundos de su corazón a sus discípulos, pide esta unidad: “Que todos sean uno”. En Pentecostés, el Espíritu Santo desciende sobre los discípulos porque permanecieron juntos en la unidad, de momento en el mismo lugar, pero unidos en la oración.

Jesús nos invita hoy a vivir la unidad y a escuchar al Espíritu Santo. La unidad en nuestras familias, en el trabajo, con nuestros amigos y con las personas que conocemos hoy. Jesús nos invita a invocar al Espíritu Santo y a preguntarnos si nuestras opciones están a favor o en contra de la unidad.

Oración final

Actúa con esplendor y majestad,
su justicia permanece para siempre.
De sus proezas dejó un memorial.
¡Clemente y compasivo Yahvé! (Sal 111,3-4)

SÁBADO, 14 DE OCTUBRE DE 2023
Dichosos, ¿quién?

Oración introductoria

Espíritu Santo, abre mi corazón para escuchar y acoger tus planes sobre mí. Auméntame la fe, la esperanza y la caridad para vivirlas como las vivió María Santísima.

Petición

María, enséñame a cumplir la voluntad de Dios, con el mismo amor y entrega que tú

Lectura de la profecía de Joel (Jl. 4, 12-21)

Esto dice el Señor: «Que se movilicen y suban las naciones al valle de Josafat, pues allá voy a plantar mi trono para juzgar a todos los pueblos de alrededor. Echad la hoz, pues la mies está madura; venid a pisar la uva, que el lagar está repleto y las cubas rebosan. ¡Tan enorme es su maldad! ¡Muchedumbres, muchedumbres en el valle de Josafat! Pues se acerca el Día del Señor en el valle de la Decisión. Se oscurecen el sol y la luna, y las estrellas perderán su brillo. El

Señor rugen en Sión y dan voces en Jerusalén; temblarán cielos y tierra. Pero el Señor es abrigo para su pueblo, refugio para los hijos de Israel. Sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios que vive en Sión, mi santo monte. Jerusalén será santa y los extranjeros no pasarán más por ella extranjeros. Aquel día, las montañas chorrearán vino nuevo, las colinas rezumarán leche, y todos los torrentes de Judá bajarán rebosantes. Y brotará una fuente de la casa del Señor que regará el valle de Sitín. Egipto será una desolación y Edón un desierto solitario, por la violencia ejercida contra Judá, cuya sangre inocente derramaron en su país. Judá será habitada para siempre y Jerusalén de generación en generación. Vengaré su sangre, no quedará impune. El Señor vive en Sión».

Salmo (Sal 96, 1-2. 5-6. 11-12)

Alegraos, justos, con el Señor.

El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono. R.

Los montes se derriten como cera ante el Señor, ante el Señor de toda la tierra; los cielos pregonan su justicia, y todos los pueblos contemplan su gloria. R.

Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 27-28)

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a la gente, una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo:

«Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Releemos el evangelio

San Juan Casiano (c. 360-435)

fundador de la Abadía de Marsella

Conferencias, VIII-XVII, Sobre la ciencia espiritual, 9 (SC 54, Conférences VIII-XVII, Cerf, 1958), trad. sc@evangelizo.org

Palabras que alegran el corazón del hombre

El espíritu humano no puede permanecer vacío de pensamientos. Si no se ocupa de las cosas de Dios, se queda fatalmente comprometido con lo que aprendió precedentemente. En el momento que no tiene adónde ir y ejercer su infatigable actividad, una pendiente ineludible lo lleva hacia los temas de la primera infancia. (...)

Recogidas con entusiasmo, cuidadosamente posadas y nominadas en los retiros del alma, portando el sello del silencio, él recibirá palabras sanadoras como el vino de suave perfume que alegra el corazón del hombre. Maduradas por largas reflexiones y en la lentitud de la paciencia, las versará del receptáculo del pecho, con olas de exquisitos perfumes. Como un manantial incesante, abundarán en los conductos de la experiencia y canales plenos de virtudes. Surgirán de su corazón, como de un abismo, en ríos inagotables.

Le ocurrirá lo que dice el libro de los Proverbios dirigiéndose al hombre, en el que todo se transformó en realidad: “Bebe el agua de tu cisterna y la que fluye de tu propio pozo” (Prov 5,15). Según la palabra del profeta Isaías “Tú serás como un jardín bien regado, como una vertiente de agua, cuyas aguas nunca se agotan.

Reconstruirás las ruinas antiguas, restaurarás los cimientos seculares” (Is 58,11-12). La bienaventuranza prometida por el mismo profeta le será compartida: “Aquel que te instruye no se ocultará más, sino que verás a tu maestro con tus propios ojos. Tus oídos escucharán detrás de ti una palabra: Este es el camino, síganlo, aunque se hayan desviado a la derecha o a la izquierda” (Is 30,20-21).

Entonces, no sólo toda la dirección de su corazón y su estudio, sino también las mismas disparidades de pensamiento y su vagabundaje, serán una santa e incesante meditación de la ley divina.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Porque María, como toda joven de su tiempo, estaba a punto de realizar su proyecto de vida, es decir, casarse con José. Pero cuando se dio cuenta de que Dios la llamaba a una misión particular, no dudó en proclamarse su “esclava”. Jesús exaltará su grandeza no tanto por su papel de madre, sino por su obediencia a Dios. Jesús dijo: “Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan”, como María. Y cuando no comprende plenamente los acontecimientos que la involucran, María medita en silencio, reflexiona y adora la iniciativa divina. Su presencia al pie de la Cruz consagra esta disponibilidad total.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 29 de diciembre de 2019*).

Meditación

María es la creatura más bella, la mujer más perfecta. Es la grandísima Madre de Dios. Es dulce, trabajadora, humilde. Es sierva coronada como Reina de todo lo creado. Y que cada quien recuerde aquí las maravillas que nuestra Señora ha hecho en sus vidas.

¡Que la Virgen Santísima me perdone si malinterpreto las Palabras del Señor! Pero después de todos estos elogios, el Señor parece decir que son todavía más dichosos aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica. ¡Qué honor! ¿Quién podría ser más dichoso que ella?

Evidentemente ella fue la que mejor escuchó y puso en práctica el mensaje de Dios. Lo recibió con un «he aquí la esclava del Señor», luego lo dio a luz.

Jesús sabe poner las tildes a las alabanzas de María. Ella es dichosa por ser la Madre de Dios, pero es más dichosa por escuchar y cumplir la voluntad de Dios.

Que María nos comparta su dicha y nos enseñe a buscar lo que Dios quiere en cada momento de nuestra vida.

Oración final

¡Cantadle, tañed para él,
recitad todas sus maravillas;
gloriaos en su santo nombre,
se alegren los que buscan a Yahvé! (Sal 105,2-3)